

Fenomenología de una ‘presencia’ (El Dios de Juan de la Cruz)

JUAN ANTONIO MARCOS

Madrid

RESUMEN: El autor del presente artículo describe desde una fenomenología tricotómica (‘presencia’ como *sensación, sentimiento y conciencia*) la experiencia de la presencia de Dios en Juan de la Cruz. Dicha experiencia se contempla desde el ‘marco hermenéutico’ de la así llamada neurobiología de las emociones.

PALABRAS CLAVE: Neurobiología de las emociones, experiencia de presencia, ‘sentimiento’ de Presencia, ‘conciencia’ de Presencia.

Phenomenology of a 'Presence' (The God of Juan de la Cruz)

SUMMARY: *The author of this article presents the experience of the presence of God in John of the Cross from the point of view of a trichotomous phenomenology (“presence” as sensation, feeling and awareness). This experience is viewed from the “hermeneutical framework” of what is known as neurobiology of the emotions.*

KEY WORDS: *Neurobiology of the emotions, experience of Presence, “feeling” of Presence, ‘awareness’ of Presence.*

Es ya un tópico cansino (que engendra hasta cierto fastidio) citar las conocidas palabras de K. Rahner sobre el futuro por él augurado para el discípulo de Cristo: “Cabría decir que el cristiano del futuro, o será un místico, es decir ‘una persona que ha experimentado algo’, o no será cristiano”¹. Y es cansino porque la reclamación de un siglo místico, de una época en que la autenticidad de la experiencia sería la

¹ Cf. RAHNER, K., “Espiritualidad antigua y actual”, en: *Escritos de teología, VII*, Madrid: Taurus, 1966, p. 25

entrada obligada en el ámbito real de lo religioso, parece haber sido apenas un deseo intenso y santo². Pero si un siglo ‘místico’ no se vislumbra ni en la lontananza, sí que es cierto que la fe ya no puede seguir apoyándose en el ambiente cultural sin más, y que precisa, más que nunca, de categorías tales como la experiencia, el encuentro y la presencia³.

Es la ‘presencia’ un tema clave y recurrente entre los místicos. Los ejemplos al respecto se podrían multiplicar. Como botón de muestra baste un referente (ya clásico) de nuestro pasado siglo XX, P. T. de Chardin quien, desde el comienzo de *El medio divino*, deja clara la intencionalidad que le ha movido a escribir dicho libro: “Enseñar a ver a Dios por todas partes”⁴. E insiste más adelante: “¿Cómo temer que la ocupación más banal, la más absorbente, o la más atractiva, nos fuerce a salir de Él? Repitámoslo: en virtud de la Creación, y aún más de la Encarnación, *nada es profano* aquí abajo para quien sabe ver”⁵.

En el estudio que Martín Velasco lleva a cabo del fenómeno religioso apunta a un centro que cada vez se perfila más nítidamente como una ‘Presencia’ que el sujeto religioso pretende hacer suya, de la que anhela tomar conciencia y con la que quiere entrar en contacto⁶. Pues bien, en esta misma línea se mueve Juan de la Cruz cuando afirma que “para el limpio de corazón todas las cosas son noticia de Dios” (3S 26,6). Todo le habla de Su presencia. Y con todo, se trata

² Cf. GARCÍA-BARÓ, M., *De estética y mística*, Salamanca: Sígueme, 2007, pp. 156-7.

³ “Donada aquesta manca de suport extern, el cristià haurà de tenir com a base de la seva fe la pròpia experiència de Déu. Perquè si el cristià del futur vol perdurar haurà de viure des de l’experiència i la trobada personal amb el Déu viu i vertader. I en aquest sentit és que serà un místic” (AMENGUAL, G., *Algunes fites del camí de l’experiència religiosa*, Barcelona: Institut Superior de Ciències Religioses, 2008, p. 12).

⁴ CHARDIN, P. T., *El medio divino. Ensayo de vida interior*, Madrid: Trotta, 2008, p. 14.

⁵ *Ib.*, p. 32. Es el tema reiterado de esta obra: “La Presencia divina se ha revelado no ya simplemente frente a nosotros, junto a nosotros. Ha brotado tan universalmente, nos hallamos de tal modo rodeados y traspasados por ella, que ni nos queda espacio en que caer de rodillas ni siquiera en el fondo de nosotros mismos” (*Ib.*, p. 77).

⁶ Cf. MARTÍN VELASCO, J. *La experiencia cristiana de Dios*, Madrid: Trotta, 2001, p. 13.

de una presencia ‘elusiva’⁷, que se nos escapa siempre (como el agua entre los dedos). Tan difícil (y tan fácil) de percibir hoy como hace 2.000 años, cuando Jesús pesaba y pisaba sobre esta tierra.

Son los místicos los que, a lo largo de la historia, más y mejor han abierto una ventana nueva a la presencia de lo divino en este mundo. El mismo Juan de la Cruz, ante la experiencia de dicha presencia, enumera toda una cascada de fenómenos biopsíquicos que la acompañan. Fenómenos que él describe como ‘elevación de la mente en lo alto’ (2S 14,11), ‘vuelco en el cerebro’ en que ‘parece se desvanece toda la cabeza’ (3S 2,5). Y es que da la impresión de que nuestro cerebro tiene la posibilidad de preguntarse por otra dimensión, sospecharla, apropiarse de ella. ¿Por qué...? ¿Por qué produce la evolución un cerebro tan complicado, que no sólo percibe por los sentidos y piensa de manera conceptual, sino que por encima de ello, con una razón trans-(no sub-)racional que medita y percibe, puede llegar a sospechar ‘un tercer orden de la realidad’ y permitirse la idea de ‘Dios’?⁸

Además, dicha idea, experimentada por los místicos como la poderosa sensación de una presencia, conlleva siempre unos efectos psicoterapéuticos: ‘olvido’ de todo y sensación de ausencia de ‘tiempo’ psicológico (2S 14,10-11); sentirse como ‘pájaro solitario’ en el tejado (2S 14,11); verse como ‘volando’, ‘perderse’⁹, desa-parecer... Experimentar por dentro algo así como un ‘fuego amoroso’ (L 2,10). Pero dichos efectos sólo son perceptibles allí donde el sujeto en cuestión se ‘hace consciente’, se ‘vuelve sensible’, ‘cae en la cuenta’¹⁰ y ‘des-tapa el agujero’ (L 3,46).

Pues bien, en las páginas que siguen pretendemos ofrecer un intento de describir la experiencia de la presencia de Dios teniendo co-

⁷ Cf. AMENGUAL, G., *Presencia elusiva*, Madrid: PPC, 1996.

⁸ Cf. KESSLER, H., “Dios - ¿Por qué [no] lo necesitamos?”, en: *Selecciones de Teología*, 192 (2009), p. 259.

⁹ Cf. al respecto el poema *Tras de un amoroso lance...*

¹⁰ Es el tema recurrente de la conocida obra de I. RAMSEY, donde ‘disclosure’ (‘desvelamiento’) es su expresión favorita: “When situations ‘come alive’, or the ‘ice breaks’, there is objective ‘depth’ in these situations along with and alongside any subjective changes... the light dawning, the ice breaking, the penny dropping” (Cf. *Religious Language. An Empirical Placing of Theological Phrases*, London: SCM PRESS LTD, 1967, pp. 28 y 90).

mo andamiaje de fondo la moderna neurobiología de las emociones (fundamentalmente los estudios de A. Damasio). Hemos dividido nuestro artículo en tres partes nucleares: una primera parte más teológica (y más breve) centrada en la experiencia de Dios como ‘la sensación de una presencia encubierta’; y una segunda y tercera partes que buscarán tender puentes desde la neurobiología de las emociones hasta las experiencias del ‘sentimiento de Presencia’ y de la ‘conciencia de Presencia’. En todo caso, San Juan de la Cruz y su *Cántico espiritual* serán nuestro permanente interlocutor de fondo.

1. LA ‘SENSACIÓN’ (Y ANHELO) DE UNA PRESENCIA ‘ENCUBIERTA’ Y ‘ESCONDIDA’

Si a manera de deprecación podemos exclamar con Juan de la Cruz: *¡Descubre tu presencia!*, es sólo para caer en la cuenta de que Dios, desde siempre, ya está presente en nuestras vidas. Dios, como creador de todo, está presente, desde siempre, en todo, en cada rincón de nuestro mundo, en cada corazón humano. Además, “un Dios que crea por amor vive volcado con generosidad total sobre todas y cada una de sus criaturas. El Dios que ‘hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos’, llama a todos y desde siempre: no hubo desde el comienzo del mundo un solo hombre o una sola mujer que no nacieran amparados, habitados y promovidos por su revelación y por su amor incondicional”¹¹.

A nivel bíblico, Caná (‘el vino’) o el episodio de la samaritana (‘el agua’), en los primeros capítulos del evangelio de Juan¹², marcan el inicio de la nueva alianza, la sustitución de lo viejo, comenzando por el templo: ahora Jesús es el nuevo lugar de la PRESENCIA de Dios. “Maestro, ¿dónde vives?” (Jn 1,38): Jesús, la presencia dinámica de Dios entre los hombres, no tiene residencia fija, no tiene domicilio permanente, ni un centro de operaciones, va y viene según las circunstancias, pero donde él esté, allí se encuentra el acceso a Dios.

Jesús usa la palabra ‘santuario’, que era la tienda del desierto, y en

¹¹ TORRES QUEIRUGA, A., “La imagen de Dios en la nueva situación cultural”, en: *Selecciones de Teología*, 170 (2004), p. 111.

¹² Seguimos en lo fundamental a MATEOS, J. y J. BARRETO: *El evangelio de san Juan*, Madrid: Cristiandad, 1992.

el templo la capilla que simboliza la presencia de Dios: Jesús es el santuario, que como Hijo asegura la presencia de Dios en el mundo. Y da como señal su propia muerte, que será su máximo servicio a la humanidad, y la máxima manifestación de la gloria de Dios, o sea, de la presencia de su amor... Jesús desafía a sus paisanos a suprimir el templo que es él mismo: ellos le matarán, pero no lograrán destruirlo, volverá a levantarlo a los tres días. Con la muerte de Jesús se acaban los templos, pero él va a rehacer la presencia de Dios que ellos suprimen. Ese templo quedará definitivamente levantado con la resurrección.

Y es que la fe implica una presencia salvadora absoluta de Dios junto a los hombres. Lo que significa que, sean cuales sean las circunstancias en que nos encontremos, no hay situación alguna de la vida en la que Dios no pueda estar cerca de nosotros y en la que nosotros no podamos encontrarlo¹³. La absoluta presencia de Dios en nuestro mundo se extiende no sólo a todo lo que hay lleno de encanto, belleza o justicia, sino incluso a lo que en la vida de los hombres hay de injusticia o violencia o egoísmo (Dios está allí presente como experiencia de perdón y de gracia), o de dolor o enfermedad (Dios está con el enfermo y en contra de la enfermedad, Dios es su 'fuerza'). Pero no siempre resulta fácil 'des-cubrir' dicha presencia.

Dios, presencia encubierta

Juan de la Cruz habla de tres maneras de 'presencia' de Dios en nosotros, en nuestras vidas (él dice 'en el alma'): "La primera es esencial... Y ésta nunca falta en el alma. La segunda presencia es por gracia... La tercera es por afección espiritual... *Todas son encubiertas...*" (C 11,3). Por lo tanto, hay que hacer un 'viaje interior' (viaje de 'consciencia') para des-velarlas, des-cubrirlas..., para hacernos conscientes de dicha presencia anhelada. La suya, la de Dios, es una presencia 'encubierta'. El nuestro es un Dios 'sobrero', que siempre está ahí como de precario, sin imponerse nunca, pero siempre dispuesto a salir si se le llama. Y en diálogo con el lector, anticipándose a sus (nuestras) posibles objeciones, insiste Juan de la Cruz:

¹³ Cf. SCHILLEBEECKX, E., *Los hombres relato de Dios*, Salamanca: Sí-gueme, 1994, p. 37.

“Pero todavía dices: ‘Puesto está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento?’”. Y la respuesta de Juan: “La causa es porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle” (C 1,9). “¡Ea, pues, alma hermosa!, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con él bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afección de amor” (C 1,10). “Y no seas como muchos..., que piensan bajamente de Dios, entendiendo que, cuando no le sienten, está Dios más lejos...” (C 1,12).

“El místico vive la verdad de una ‘presencia real’ de Dios, la misma de todos los creyentes; lo que sucede es que, por la intensidad de la misma, sea por sus características psicológicas o por las circunstancias ambientales, él o ella, a diferencia de las demás personas, tienen la capacidad de ‘objetivar’, imaginativa o intelectualmente, esa presencia”¹⁴. Y en este sentido Juan de la Cruz no sólo es un ‘místico’, es mucho más, es un mistagogo... Nos ayuda a ‘educarnos’ y nos empuja a ‘adentrarnos’ en su propia experiencia de presencia. La estrofa 11 de *Cántico* (B) resulta sintomática a este respecto:

*Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.*

Es la estrofa nueva que San Juan de la Cruz añadió en la segunda redacción de *Cántico* (B), y que viene a marcar el punto máximo de un proceso de entusiasmo, al que sucede la reflexión. La ‘presencia’ del amado supone la muerte de la amada... La ‘presencia’ implica una poética de la mirada, que continuará en la estrofa siguiente (estr. 12: ‘¡Oh cristalina fuente...’). El amado está presente aunque escondido¹⁵. ¿Dónde? En la naturaleza, en la creación, en nuestra propia interioridad. El poderoso anhelo de ‘presencia’ ha comenzado a activar la sensación de una Presencia. Se ha entreabierto una nueva ventana a un mundo diferente.

¹⁴ TORRES QUEIRUGA, A., *Repensar la resurrección. La diferencia cristiana en la continuidad de las religiones y de la cultura*, Madrid: Trotta, 2003, p. 200.

¹⁵ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual y poesía completa*. Edición, prólogo y notas de P. Elia y M^a J. Mancho. Estudio preliminar de D. Ynduráin, Barcelona: Crítica, 2002, pp. 453-55.

2. EL 'SENTIMIENTO' DE UNA PRESENCIA: LOS 'MENSAJEROS' DE CÁN- TICO

Jesús, en los evangelios, al principio aparece como un desconocido: 'En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis' (Jn 1,26), uno que vino a los suyos, pero los suyos no le 'recibieron' (Jn 1,10)... Se retira a hacer oración: 'Todos te andan buscando'..., 'Vámonos a otra parte' (Mc 1,37s)... Luego comienza a anunciar definitivamente que se marcha y que nadie podrá ya encontrarle (cf. Jn 7,35; 8,22; 13,33)... Hay una despedida muy enfática (Jn 16,5; 14,28). Y por último, los grandes ritmos de inmanencia y trascendencia (Jn 16,28)... Y después de la pascua, está ahí el transfigurado: próximo y humano hasta el punto de invitar a sus discípulos a que le toquen, y hasta comer con ellos (Lc 24,38ss; Jn 20,27; 21,13), pero capaz de desaparecer en el preciso instante de ser reconocido (Lc 24,31), después de haber caminado con ellos un largo trecho¹⁶. Es el Jesús presente y ausente en el relato de Emaús, que llega de súbito y desaparece bruscamente, con estatuto de viajero permanente¹⁷.

Así de paradójica se muestra la presencia de Jesús en los evangelios. Hoy los discípulos de Emaús somos nosotros, convidados de nuevo a su mesa e invitados de nuevo a 'sentir' su presencia. A ello nos ayudarán los 'sentimientos', esos interruptores que activan la exterocepción y la interocepción. Y es que la divinidad, más que ser 'concebida', es 'sentida'¹⁸. Vamos a dividir este apartado en dos momentos: en el primero ofrecemos una definición de los sentimientos y

¹⁶ Cf. VON BALTHASAR, HANS URS, *¿Nos conoce Jesús? ¿Le conocemos?*, Barcelona: Herder, 1982, pp. 110-112.

¹⁷ Cf. BOVON, F., *El evangelio de Lucas, vol. IV*, Salamanca: Sígueme, 2010, p., 626-27.

¹⁸ En el origen de la religión se encuentran sentimientos profundos provenientes de partes del cerebro que tienen que ver con emociones y afectos, es decir, del sistema límbico (o cerebro emocional). La divinidad, lo numinoso, no son concebidos, son sentidos. Por eso Otto cita la frase siguiente de Gerhard Tersteegen (1697-1769): "Un Dios que concebimos no es Dios". Es decir, la concepción racional es incapaz de aprehender a Dios, sólo lo hace el sentimiento (cf. RUBIO, F. J., *La conexión divina. La experiencia mística y la neurobiología*, Barcelona: Crítica, 2003, p. 21). Para una visión más complejiva sobre la así llamada 'neurorreligión', cf. NOGUÉS, R. M^a, *Dioses, creencias y neuronas. Una aproximación científica a la religión*, Barcelona: Fragmenta, 2011.

su realización concreta en el ámbito de la fenomenología de la presencia divina; en un segundo momento explicaremos para qué sirven los sentimientos, tanto los negativos (dolor) como los positivos (alegría), con su doble función de ‘alerta’ e ‘incentivo’, que también se puede rastrear en el ámbito espiritual de la persona.

Definiendo los sentimientos

Según la moderna neurobiología, “la experiencia de lo que nuestro cuerpo está haciendo mientras los pensamientos sobre contenidos específicos siguen pasando uno tras otro, es la esencia de lo que se podría llamar un *sentimiento*”¹⁹. Se trata de ‘percepciones de lo que nuestro cuerpo hace mientras se manifiesta la emoción’²⁰. Contamos pues con dos palabras y dos realidades que juegan un papel clave en el mundo de los sentimientos: el cuerpo y los pensamientos. En esencia podríamos decir que el sentimiento es una idea: una idea del cuerpo²¹.

Pues bien, el ‘sentimiento’ de la presencia de Dios es algo que se percibe también a través del ‘cuerpo’. En cierto sentido se puede afirmar que para Juan de la Cruz, los ‘sentimientos’ son como ‘mensajeros’ de Dios. Pero los ‘mensajeros’ de Dios no son Dios. Nuestros ‘sentimientos’ (o ‘ideas’) sobre Dios no son Dios, pero de alguna forma nos abren canales y códigos para entrar en contacto con él. De ahí la queja y petición de nuestro místico, cuyo destinatario es Dios mismo: *En lugar, pues, de estos mensajeros, tú seas el mensajero y los mensajes* (C 6,7)²². Es la petición directa de una ‘presencia’ per-

¹⁹ DAMASIO, A., *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, Barcelona: Crítica, 2007, p. 174.

²⁰ Cf. DAMASIO, A., *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?*, Barcelona: Destino, 2010, p. 176.

²¹ *El contenido esencial de los sentimientos es la cartografía de un estado corporal determinado; el sustrato de sentimientos es el conjunto de patrones neurales que cartografían el estado corporal [a través de señales químicas transportadas en el flujo sanguíneo y señales electroquímicas transportadas en rutas nerviosas] y del que puede surgir una imagen mental del estado del cuerpo. En esencia, un sentimiento es una idea; una idea del cuerpo...* (DAMASIO, A., *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, Barcelona: Crítica, 2005, p. 88).

²² Es la revelación de Dios como autocomunicación (cf. DV 2).

sonal, más allá de o junto a los ‘sentimientos’ de dicha presencia. Y si Dios es ‘presencia’, eso significa que también es un ‘tú’ con el que se puede dialogar. Es ‘relación’.

Y es que dichos ‘mensajeros’ o ‘sentimientos’ no terminan por satisfacer ni colmar el deseo y anhelo de fusión que habita en el corazón del hombre. Como ocurre en el ámbito de las relaciones humanas, una carta, un mail o un SMS son todavía una forma de comunicación radicalmente insuficiente, absolutamente insatisfactoria. Dichos ‘mensajeros’ son (como dice Juan de la Cruz) un *no sé qué que se siente quedar por decir, [...] y un subido rastro que se descubre al alma de Dios, quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios que no se sabe decir, que por eso lo llama ‘no sé qué’* (C 7,9)²³.

Los ‘mensajeros’ o sentimientos sobre Dios no son Dios, pero sí son un primer paso para romper el hielo, salvar distancias, tender puentes. La cuestión está en saber cómo activar el ‘sentimiento’ de una presencia, o cómo percatarnos de esos ‘mensajeros’ de Dios. Para ello hemos de tomar como dominio concreto el ámbito de las relaciones interhumanas, ya que de manera análoga debería ocurrir algo no muy diferente en nuestra relación con lo divino.

El proceso emocional humano parte siempre de un estímulo exterior, cuya presencia, *real* (el mundo físico) o *en recuerdo mental* (el pensamiento)²⁴, desencadena la emoción o sentimiento. Y así, podemos decir que los ‘pensamientos evocados’ (en ‘recuerdo mental’) pueden funcionar como disparadores de emociones, llegando a activar el sentimiento de una presencia. Dichos pensamientos o imágenes evocadas, desempeñan, en la experiencia orante de los místicos (y la de cualquier creyente), una función semejante.

En el caso de santa Teresa, la recreación mental (en imágenes evocadas) de diferentes escenas evangélicas no tiene otra finalidad

*¡Ay!, ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero
que no saben decirme lo que quiero* (C 6).

²³ *Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo* (C 7).

²⁴ Cf. DAMASIO, A., *En busca de Spinoza*, o.c., p. 55.

que disparar emociones que alimenten el ‘sentimiento’ de una presencia: “Muchos años, las más noches, antes que me durmiese, siempre ‘pensaba’ un poco en este paso de la oración del huerto...” (V 9,4); “Considerába[me] a sus pies y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo” (CV 34,7). E insiste Teresa en lo mismo, remitiendo a la idea de una ‘presencia’ personal: “Representad al mismo Señor junto con vos...” (C 26,1); “Procurad luego [*inmediatamente*], hija, pues estáis sola, tener compañía ¿Pues qué mejor que la del mismo maestro?” (C 26,1). Y así, la oración no era para Teresa otra cosa que “traer a Jesucristo, dentro de mí presente...” (V 4,7).

En la misma línea insiste Juan de la Cruz cuando afirma que la comunicación con Dios se da “*dentro del alma*” (C 16,1). Y de ahí la genial comparación sanjuanista: “Así como el sol está madrugando y dando en tu casa para entrar si destapas el agujero, así Dios..., *entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos*” (L 3,46). Repárese en esta afortunada y bonitísima imagen/personificación. El sol siempre ha estado (y está) ahí, aunque no siempre sentimos su luz y su calor. “Allí donde una rendija se abre a su luz, allí donde un corazón se peca oscuramente de su voz, Dios irrumpe con la impaciencia del amor e inaugura un ‘diálogo’ que, aprovechando esta apertura, se va ampliando y profundizando”²⁵.

Dios, como el sol, está desde siempre madrugando por nosotros. ¿Cuándo caeremos en la cuenta de ello? Si la experiencia mística comienza con una ‘búsqueda’, al final dicha búsqueda se transforma en experiencia de des-velamiento²⁶. La cuestión estaría pues, en derribar muros, quitar obstáculos, borrar fronteras. Crear las ‘condiciones’ de vida que nos permitan hacernos conscientes de que Dios (como el ‘sol’) siempre ha estado y estará presente, iluminando y dando calor a todos y gratuitamente²⁷. Aunque no siempre ‘destapemos el agujero’

²⁵ TORRES QUEIRUGA, A., *La revelación de Dios en la realización del hombre*, Madrid: Cristiandad, 1987, p. 462.

²⁶ “Algún día caeremos en la cuenta de que Dios siempre ha estado ‘paseando con nosotros en el Edén’, de que en realidad nunca hemos estado separados de él, simplemente, no nos habíamos dado cuenta. El paraíso está hoy delante de nosotros” (JÄGER, W., *La ola es el mar*, Bilbao: DDB, 2002, p.175)

²⁷ Dios “hace salir el sol sobre malos y buenos” (Mt 5,45); “quiere que todos se salven” (1Tim 2,4); “nos amó cuando éramos aún pecadores” (Rm 5,8); incluso “si somos infieles, él permanece fiel” (2 Tim 2,13)... Y es que

para sentir su luz y su calor.

Y es que el ‘sentimiento’ de la presencia de Dios se da a intermitencias, en una suerte de ‘presencia/ausencia’, como destaca Juan de la Cruz en *Cántico*. Y no es que Dios juegue al escondite con nosotros. Todo esto es fruto de la finitud humana, de nuestras propias limitaciones. También la presencia de nuestros seres queridos se vive a intermitencias. Lo mismo ocurre con la felicidad, sólo se puede vivir a intermitencias. Y con la ‘presencia’ de Dios las cosas son idénticas.

Porque ni la alta comunicación ni ‘presencia sensible’ es cierto testimonio de su graciosa presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma [en la vida cotidiana] lo es de su ausencia... (C 1,3)²⁸: la ‘presencia’ de Dios no depende de nuestra voluble psicología (emociones). *Al tiempo que quise ‘comprender’ tu presencia, no te hallé... el enamorado vive siempre penado en la ausencia (C 1,21)*: la ‘presencia’ de Dios tampoco depende de nuestra capacidad intelectual. Dios está ahí, pero cuando queremos agarrarlo se nos escapa siempre (como el aire cuando cerramos el puño). Y esto es así hasta el punto de que “por grandes comunicaciones y ‘presencias’... de Dios que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios ni tiene que ver con él...” (C 1,3). Dios siempre es más que nuestras ideas o sentimientos, que hemos de aprender a trascender. Y porque los ‘sentimientos’ sobre Dios, no son Dios. Pero sí son susceptibles de convertirse en sus ‘mensajeros’.

Para qué sirven los sentimientos

Definidos los ‘sentimientos’, que hemos identificado con los ‘mensajeros’ de *Cántico*, la pregunta pertinente que cabe hacerse ahora es: ¿y para qué sirve experimentar *el ‘sentimiento’ de la presencia*

su amor es para todos, como su muerte es ‘por todos’: desde el punto de vista lingüístico, el ‘pro multis’ (cf. a este respecto *La Eneida*, de Virgilio) entendía lo de ‘muchos’ en sentido incluyente (se entendía que eran todos, con excepción de la persona entregada). Este sentido incluyente, que equivalía a ‘todos’, era común en las lenguas antiguas, mientras que las lenguas modernas tienen dificultad para entenderlo así (Cf. KARRER, M., *Jesucristo en el Nuevo Testamento*, Salamanca: Sígueme, 2002, p. 156).

²⁸ *Levántase el afecto de la voluntad con súbita presteza a la posesión del Amado, cuyo toque sintió. Con esa misma presteza siente la ausencia y el no poderle poseer aquí como desea; y así, luego allí juntamente siente el gemido de la tal ausencia (C 1,19).*

de Dios en la vida humana? Para responder a esta pregunta tendremos que plantearnos previamente cuál es la función de los sentimientos en general. De sentimientos tan humanos y cotidianos como el dolor o la alegría.

Recuérdese que los sentimientos los hemos puesto en relación con el cuerpo y los pensamientos. En cierto sentido son sensores mentales de la ‘vida interior’ del organismo, testigos de la vida en marcha. Los sentimientos introdujeron una alerta mental para las circunstancias buenas o malas. Tener sentimientos es algo de extraordinario valor para sobrevivir. Las emociones son útiles en sí mismas, porque el proceso de sentir hace alertar al organismo sobre el problema que la emoción ha comenzado a solventar²⁹. Llegamos a la vida con un mecanismo preorganizado para conferirnos experiencias de dolor y placer. Dicho dispositivo esencial es un hecho.

Pero, en el caso del dolor o de las emociones negativas, ¿por qué es necesario este estado adicional de molestia en lugar de únicamente una ‘imagen’ de dolor (algo así como una radiografía) en el cerebro? La razón tiene algo que ver con el hecho de que el sufrimiento nos pone sobre aviso. Sufrir nos ofrece la mejor protección para la supervivencia (y al cerebro lo primero que le interesa es sobrevivir con bienestar) puesto que aumenta la probabilidad de que los individuos hagan caso de las señales de dolor y actúen para evitar su origen y corregir sus consecuencias³⁰. Y así, el dolor funciona como un timbre de alarma³¹.

²⁹ DAMASIO, A., *The Feeling of what Happens. Body and Emotion in the Making of Consciousness*, New York: Harvest, 2000, pp. 284-5.

³⁰ Cf. DAMASIO, A., *El error de Descartes*, o.c., p. 301. *Los comportamientos altruistas benefician a quienes los practican: salvan a los altruistas de la pena y el sufrimiento futuros que habrían causado la pérdida o la vergüenza de no haber actuado de forma altruista. No es sólo que la idea de arriesgar la vida para salvar a nuestro hijo nos hace sentir bien, sino que la idea de no salvar a nuestro hijo y de perderlo nos hace sentir mucho peor que la idea del peligro inmediato. En otras palabras, la evaluación tiene lugar entre el dolor inmediato y la recompensa futura, y entre el dolor inmediato y el dolor futuro todavía peor* (Ib., p. 208).

³¹ *El malestar y la agitación son avisos que las regiones bajas del procesamiento no consciente envían a la vida consciente y a la mente, pidiéndonos que encontremos una solución razonable para una situación que ya no puede ser gestionada por medio de dispositivos automáticos no conscientes* (Cf. DAMASIO, A., *Y el cerebro creó al hombre*, o.c., p. 77).

En el caso de las emociones positivas, como la alegría, el simple proceso de sentirla, comienza a dar al organismo incentivos en cierta dirección. Un sentimiento positivo se convierte en guía de incentivo, es decir, en estímulo que mueve a hacer o desear una cosa.

Veamos ahora cómo todo esto tiene su traducción al mundo del espíritu, y quizás nos ayude a comprender mejor el significado de la 'noche', del dolor y el sufrimiento. O de experiencias y emociones positivas como el amor y la alegría.

Recuérdese que en *Cántico* 'ausencia' equivale a 'noche'. Pero a la vez hay que tener en cuenta que dicha 'ausencia' de Dios no pasa de ser una sensación psicológica, y no una realidad ontológica³². Dios nunca se ausenta (ni se ha ausentado, ni se ausentará jamás) de la vida humana. Está inmediatamente presente en el mundo por Él creado, y además está presente como 'positividad pura', ya que Dios, en virtud de su propia naturaleza, sólo es/sabe amar. Incluso en medio de la 'noche' Dios sigue siendo positividad pura, lo que significa que de Dios no puede venir ningún tipo de negatividad, ni de dolor, ni de cruz.

Y aunque Juan de la Cruz habla de la noche como una experiencia 'amarga y terrible, horrenda y espantable' (1N 8,2), nunca se ha de olvidar que "las tinieblas y los demás males que el alma siente cuando esta divina luz embiste, que no son tinieblas ni males de la luz, sino de la misma alma, y la luz le alumbra para que las vea" (2N 13,10). Y aquí aparece explícito el carácter de positividad de la noche, de la contemplación, de Dios. Es su luz (la de la contemplación, la de Dios) la que nos hace ver nuestras sombras, nuestras limitaciones, todo lo que en nuestras vidas hay de desamor, de inhumanidad o de violencia. Ésta, y no otra, es la causa de la dureza de la experiencia de la noche. En realidad, la noche es algo intrínsecamente bueno.

Como ocurre en nuestra propia biología, el sentimiento de dolor en medio de la noche, es una 'alarma' que nos impulsa a actuar y a cambiar la vida. Para eso sirve la noche. Sin el 'sentimiento' de ese dolor (sin la experiencia de la 'noche') quizás no tendríamos razones suficientes para iniciar un cambio de vida, para llevar a cabo una conversión real y verdadera. Aquí radica el sentido soteriológico (como en la cruz) o terapéutico de la 'noche'. Dios no puede querer ninguna 'noche' (como no puede querer ninguna cruz) para nadie. El

³² "¡Señor Dios mío!, no eres tú extraño a quien no se extraña contigo; ¿cómo dicen que te ausentas tú?" (D 54).

dolor o la noche son parte de la vida humana, de nuestra propia finitud. Pero siempre podremos releer y recrear dicha experiencia para que se convierta en una experiencia terapéutica³³.

Y si de los ‘sentimientos’ negativos se pueden obtener efectos terapéuticos, cuanto más de los positivos, como es el caso de sentimientos o emociones como el amor o la alegría, que funcionan siempre como ‘incentivos’³⁴. No se olvide que las personas, metafóricamente hablando, somos RECIPIENTES, y la pregunta clave que hemos de hacernos es de qué ‘llenamos’ nuestras vidas, nuestra mente, nuestro corazón. Juan de la Cruz habla de ‘vaciar’ de todo lo que no es Dios para ‘llenarse’ de todo lo que sí es Dios. Y así, el que se llene de ‘amor y alegría’ (eso es Dios), rebosará también ‘amor y alegría’.

La presencia de Dios en nuestro mundo es siempre una presencia que se caracteriza por la pura positividad. Dicha positividad es puesta de manifiesto una y otra vez por Juan de la Cruz: “Es cosa de *gran contentamiento y alegría* para ti ver que todo tu bien y esperanza están tan cerca de ti, que esté en ti, o por mejor decir, tú no puedas estar sin él” (C 1,7). Y no sólo la presencia, también la mirada de Dios es motivo de gozo y de alegría: “...Dios, cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y a todos los cielos” (C 6,1)³⁵. E insiste Juan de la Cruz: “Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta del alma... Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con Él...” (C 1,8)³⁶.

³³ No sé si se puede aplicar lo mismo al dolor por la pérdida de un ser querido donde, como en la relación con Dios, se puede vivir ‘penando por la ausencia’. Si en Juan de la Cruz esa ‘pena’ puede convertirse en un incentivo para seguir buscando, quizás esa ‘pena’ por la ausencia de los seres queridos, pueda ayudarnos a mirar más lejos, y a buscar y sentir una nueva forma de presencia... Para T. CHARDIN, ‘no todo es inmediatamente bueno, pero sí es susceptible todo de llegar a serlo’ (cf. *El medio divino*, o.c., pp. 50-1; y F. K. NEMECK, *Receptividad. De San Juan de la Cruz a Teilhard de Chardin*, Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1985, p. 151).

³⁴ INCENTIVO viene de ‘acento’, derivado a su vez de ‘canere’ (‘cantar’). ‘Incentivus’ significa: “que da el tono musical”, “que incita” (Cf. COROMINAS, J. y J. A. PASCUAL, *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*, Madrid: Gredos, 1980-91, s.v. ACENTO).

³⁵ Recuérdese la conocida cita sanjuanista sobre el ‘mirar’ de Dios: “El mirar de Dios es amar...” (C 19,6). “Porque mirar Dios es amar Dios” (C 31,5).

³⁶ El que Zaqueo (cf. Lc 19, 1-10) abriera con gozo la puerta de su casa refleja una convicción del evangelista: la presencia de Dios no puede más que alegrar el corazón humano. *El niño empieza muy pronto a imitar los gestos*

Y el ‘gozo’ de sabernos habitados por Dios brota del hecho de que Dios mismo, en su naturaleza, es amor y gozo. Ya San Buenaventura afirmaba que Dios desde que es, es bondad, y mientras es bondad, es dándose, porque “el bien, en efecto, es difusivo de suyo; luego el sumo bien es sumamente difusivo de suyo”³⁷. Dios en su naturaleza es bondad, es amor (1Jn 4,8), y el amor es expansivo por su propia naturaleza. En este sentido, y recuperando y recreando una idea ya presente en San Agustín, el Bien que es Dios es “Aquel bien..., en cuya comparación nada mejor puede concebirse”, dirá Buenaventura. Frente a/o junto al argumento ontológico anselmiano (*Aliquid quo nihil ‘maius’ cogitari potest*), habría que poner, y quizás anteponer, el argumento de san Buenaventura: *Quo nihil ‘melius’ cogitari potest*. Eso es Dios: un amor y una bondad ‘mejor’ de lo que nunca podremos imaginar. Más grande que nuestro corazón.

Una bondad, un amor y una alegría que además son escandalosamente contagiosas: de Dios mismo a nosotros, y de nosotros mismos a los demás. El contagio emocional que se da entre los humanos se debe en gran parte a la acción de las neuronas-espejo, que son características del cerebro de los humanos, y que incitan a las personas a reaccionar ante cualquier emoción ajena con una emoción similar. No se trata de un proceso intelectual, sino emocional: cuando una persona irradia buen humor o compasión, despierta instintivamente emociones positivas en los demás³⁸. Pues lo mismo que aplicamos a las relaciones humanas, podemos aplicar, por analogía, a Dios. Si cuando

faciales y los sonidos que hacen sus cuidadores y a ofrecer una de las recompensas más poderosas, ‘sonreír’, un aspecto esencial del convertirse en un ser humano (Cf. STEVEN, R., *Tu cerebro mañana. Cómo será la mente del futuro* Barcelona: Paidós, 2008, pp. 163-64).

³⁷ SAN BUENAVENTURA, *Experiencia y teología del misterio: Itinerario del alma a Dios...* Madrid: BAC, 2000 (C VI, 2). Es la teología del ‘excesus’ de san Buenaventura. Dios aparece así como el sumo bien sumamente difusivo, el *bonum diffusivum sui*, idea ya presente en el Pseudodionisio (cap. IV de *Los nombres divinos*), y que éste a su vez tomó de Plotino. Se trata de una explicación no psicológica, sino metafísica del amor.

³⁸ Y también ocurre lo contrario: cuando vemos llorar a alguien, tendemos a sentir tristeza; cuando alguien es agresivo, nos contagia fácilmente su malestar emocional (Cf. PUNSET, ELSA, *Brújula para navegantes emocionales*, Madrid: Aguilar, 2008, pp. 174-75). Cf. tb. RIZZOLATTI, G. Y C. SINIGAGLIA, *Las neuronas espejo. Los mecanismos de la empatía emocional*, Barcelona: Paidós, 2006.

una persona exhibe rasgos emocionales positivos su presencia resulta contagiosa, cuanto más el ‘sentimiento’ de la presencia de Dios.

3. LA ‘CONCIENCIA’ DE UNA PRESENCIA: ‘EL CORAZÓN ENTERO CON DIOS’

Volvemos ahora nuestra mirada al Jesús pneumático, al Dios presente hoy entre nosotros. Esta morada de Dios entre los hombres, esta ‘Sekiná’ (cf. Ex 26,1), prefigurada en el Antiguo Testamento, se cumple ahora en la presencia definitiva de Dios entre los hombres a través del Resucitado, del Cristo pneumático: ‘Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo’ (Mt 28,20). La presencia de Jesús [en el relato de Emaús], primero con las palabras y después con el gesto de partir el pan, hizo posible que los discípulos lo reconocieran, y que pudieran revivir de un modo nuevo lo que antes habían experimentado con él: ‘¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?’ (Lc 24,32)³⁹. ¿Cómo hacernos ‘conscientes’, hoy, aquí y ahora, de esta presencia?

Definiendo la ‘conciencia’

Pocas cosas de nuestro ser son tan extraordinarias y singulares, fundamentales y, en apariencia, misteriosas, como la ‘conciencia’ que vuelve cada mañana cuando suena el despertador. Sin ella no sabríamos que existimos, quiénes somos, qué pensamos⁴⁰. La ‘conciencia’ es un estado mental en el que se tiene conocimiento de la propia existencia y de la existencia del entorno, es un estado mental al que se ha añadido un ‘proceso’ en que uno se siente a sí mismo, experimenta el sentido íntimo de ser uno mismo⁴¹.

Pues bien, dicho ‘proceso’, en perspectiva mística, conlleva una experiencia de ‘des-velamiento’ de una Presencia. Es algo así como un concierto en el que, en la medida en que se va desarrollando, nos

³⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 50, 51 y 54.

⁴⁰ Cf. DAMASIO, A., *Y el cerebro creó al hombre*, o.c., p. 20.

⁴¹ *Ib.*, pp. 241 y 247.

hacemos conscientes de la presencia del director. De la misma manera, la mente consciente revela aquello que ha existido desde hace mucho tiempo como un mecanismo evolutivo de la regulación de la vida. Pero la mente consciente no ha creado ese mecanismo⁴². Simplemente ha hecho que aflore.

Cuando hablamos de ‘conciencia’ de una Presencia, nos referimos fundamentalmente a ese ‘desvelamiento’ existencial del Jesús pneumático. Dicha experiencia conlleva siempre unos ‘efectos’ que podemos definir como ‘homeostasis’⁴³ espiritual. Es decir, de equilibrio e interacción cooperativa entre lo consciente y lo inconsciente. Esto sólo es posible después de práctica, práctica y más práctica, como ocurre con los atletas o los músicos. Sólo así brotan los ‘automatismos’ del espíritu. Sólo así se convierte en ‘hábito’, en experiencia automática y cotidiana, la ‘conciencia’ puntual de una Presencia.⁴⁴

La ‘conciencia’ de presencia comienza con la ‘sensación’ de una Presencia encubierta, continúa con un ‘sentimiento’ de Presencia, y termina por convertirse en ‘hábito’ y ‘costumbre’. La conciencia de presencia implica una experiencia existencial, vital, totalizante. Más allá de los sentimientos: “Y aunque no ‘sintiese’ devoción, la ‘fe’ [me] decía que [Dios] estaba bien allí” (CV 34,7), dirá Teresa. Y de una manera más sutil Juan de la Cruz, en una cita de antología:

“De donde entonces le puede el alma de verdad llamar Amado, cuando ella está entera con él, no teniendo su corazón asido a alguna cosa fuera de él; y así, ‘de ordinario’ trae su pensamiento en él... En el cual ánimo, se incluye el *pensamiento* [razón: dimensión conceptual] y la

⁴² Ib., p. 93.

⁴³ HOMEOSTASIS: “Conjunto de fenómenos de autorregulación, conducentes al mantenimiento de una relativa constancia en las composiciones y las propiedades del medio interno de un organismo” (DRAE).

⁴⁴ Cuando regresamos a casa dando un paseo, pensando más en la forma de solucionar un problema que en el camino a seguir y, no obstante, llegamos sanos y salvos, estamos sacando partido de las ventajas que nos ofrece una habilidad inconsciente (automática) adquirida tras realizar multitud de previos ejercicios conscientes... (Ib., p. 404). Todos experimentamos la ‘habituación’ varias veces al día, empezando por el momento en que nos vestimos por la mañana. Empezamos siendo muy conscientes de la sensación de la tela contra la piel, pero al cabo de poco dejamos de notar esa sensación... La ‘habituación’ no se da simplemente porque estemos cansados o porque se agote algún mecanismo químico, sino que es una forma de adaptación basada en la experiencia (Cf. STEVEN, R., *Tu cerebro mañana*, o.c., p. 52).

afección [emoción: dimensión afectiva]. De donde algunos llaman al Esposo Amado, y no es Amado de veras, porque no tienen *entero con él su corazón*, y así su petición no es en la presencia de Dios de tanto valor; por lo cual no alcanzan luego su petición, hasta que, continuando la oración, vengan a *tener su ánimo más continuo con Dios* [crear 'hábitos' / los automatismos del espíritu], y *el corazón con él más entero con afección de amor* [genitivo subjetivo], porque de Dios no se alcanza nada si no es por amor" (C 1,13).

Un análisis detenido de la cita precedente de *Cántico* nos revelaría toda una fenomenología de la experiencia de Presencia, de la 'conciencia' de presencia mística, cuyas notas más destacadas queremos ahora apenas esbozar: pertenece al ámbito de la vida cotidiana (de ahí su carácter 'ordinario', que dice Juan de la Cruz); es una experiencia automática y habitual (o sea, 'continua', dirá él); abarca a la totalidad de la persona ('pensamiento' + 'afección', dice el santo); carácter integrador (superación de divisiones interiores: 'entero' el corazón, como afirma Juan); dimensión teológico-relacional ('con Dios', se afirma más arriba); y todo ello en clave de amor ('con afección de amor', casi al final de la cita)...

Dicha 'conciencia' de presencia posee además, en Juan de la Cruz, tres notas que la califican y cualifican: es presencia afectiva, presencia terapéutica y presencia de confianza. Veámoslo brevemente ilustrándolo con tres citas claves: dos de *Cántico* (C 27,1 y C 9,2-3) y una de *Subida* (3S 3,6).

Presencia afectiva: C 27,1

Recordemos una vez más la súplica o plegaria sanjuanista, '¡Descubre tu presencia!': "Esta presencia que aquí pide al Amado que le descubra, principalmente se entiende de cierta *presencia afectiva*..." (C 11,4)⁴⁵. Descubrir dicha presencia es un proceso mistagógico y

⁴⁵ Juan de la Cruz habla también de 'ausencia afectiva': "La sequedad espiritual y la *ausencia afectiva* del Amado..." (C 17,3). 'Ausencia' equivale en *Cántico*, como ya hemos dicho, a 'noche'. Dios es un oxímoron: es una 'presencia ausente'. PAUL TILLICH explicaba así esta aparente paradoja: "El Espíritu es presencia..., pero paradójicamente, también remite al Dios ausente. ¡La última respuesta respecto a quién hace que Dios esté ausente es Dios mismo! Obra del Espíritu es alejar a Dios de nuestra vista, incluso de muchos hombres dentro de una época determinada. Vivimos en una era en la que el Dios que conocemos es el Dios ausente. No obstante, conocer a un Dios au-

mayéutica, una experiencia de des-velamiento, que nos ha de llevar a hacernos conscientes de un Dios que ha estado ahí desde siempre. Experimentar a Dios como ‘presencia afectiva’ queda explicitado en una de las citas más potentes de Juan de la Cruz, donde se concatenan tres símiles fundantes de las relaciones humanas: ‘madre’, ‘hermano’, ‘amigo’ (no aparecen ‘esposa’, ni ‘padre’, curiosamente las dos ausencias también presentes en la biografía de Juan de Yepes):

Comuníquese Dios en esta interior unión al alma con tantas veras de amor, que -no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo,-ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare...¡Tan profunda es la humildad y dulzura de Dios!... Y así, aquí está empleado en regalar y acariciar al alma como la madre en servir y regalar a su niño... (C 27,1).

No hay ‘amistad’ de amigo como la de Dios; no hay ‘amor’ de hermano como el de Dios; y ni tan siquiera hay ‘afición’ de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo como lo hace Dios. Esta última imagen (la de la ‘madre’) es, qué duda cabe, la más poderosa⁴⁶. Implícitamente aquí Juan nos está diciendo que jamás ha existido en la historia de la humanidad ninguna madre que haya acariciado a un hijo suyo como Dios nos está acariciando a todos y desde siempre. Su

sente es ‘saber’ de él” (Cf. *El eterno presente. Perfil espiritual del hombre*, México: Diana, 1979, p. 92). E. Jüngel, como nos recuerda S. CANNISTRÀ, va por un camino similar: “L’assenza di Dio nel mondo è una verità che appartiene a Dio stesso poiché è Dio che si aliena nel mondo finito” (cf. *La teología non teista di Eberhard Jüngel*, Roma: Edizioni Dehoniane, 2000, p. 13).

⁴⁶ El vínculo de la madre con su bebé (vínculo ‘afectivo’) conlleva el deseo de que otra persona sea feliz por mediación mía, y el sentimiento de plenitud y de alegría que acompaña a su cumplimiento. Se trata de una contradicción lógica. Sitúa mi felicidad en la felicidad de otra persona. No es pura espontaneidad, porque exige cuidados. Y espera reciprocidad... Un doble interés por la felicidad de cada uno... Mi felicidad me importa a mí y a la otra persona. El austero Kant acertó con su definición de amor: ‘Es hacer míos los fines del ser amado’ (Cf. MARINA, J. A., *El rompecabezas de la sexualidad*, Barcelona: Anagrama, 2002, pp. 241-2). Quizás en ese ‘vínculo’ madre-bebé esté la fuente y clave del amor humano, que luego hemos exportado a otros registros, como por ejemplo, la relación de pareja (así en *Cántico Espiritual* o en el bíblico *Cantar de los Cantares*). ¿No estará también en ese vínculo primigenio ‘madre-bebé’ el analogado fundamental y principal para comprender el amor de Dios por sus criaturas?

ternura, la de Dios, es para todos, y no conoce límites. Y porque la ‘gracia’ de Dios es la ‘caricia’ de Dios⁴⁷.

En cierto sentido se puede afirmar que la presencia real y salvífica de Dios entre nosotros coincide con su gracia, con la gracia de Dios⁴⁸. Y esta activa ‘presencia’ salvífica de Dios no podemos reducirla nunca a nuestra mera y sola ‘conciencia’ de la misma⁴⁹.

Presencia terapéutica: C 9,2-3

Dios es también para Juan de la Cruz presencia terapéutica, y el mismo amor aparece como la mayor fuerza sanadora:

“Pues él llagó su corazón con el amor de su noticia, que por qué no la ha sanado con la vista de su presencia... Pues eres tú la causa de la llaga en dolencia de amor, sé tú la causa de la salud en muerte de amor; porque de esta manera el corazón que está llagado con *el dolor de tu ausencia*, sanará con *el deleite y gloria de tu dulce presencia*” (C 9,2-3).

A este respecto, la presencia amorosa de Dios es la mejor terapia frente a las ‘heridas de la vida’. Dios mismo es la ‘salud’ del alma: “La salud del alma es el amor de Dios [...], cuanto más amor se le fuere aumentando [al alma], más salud tendrá, y, cuando tuviere perfecto amor, será su salud cumplida” (C 11,11). El amor es lo que sana y cura, lo que salva. La salvación/sanación⁵⁰ es, pues, una cuestión de amor. B. Sesboüé recuerda cómo fue Orígenes el primero en asentar el principio según el cual *sólo se salva lo que es asumido*⁵¹. En pleno

⁴⁷ ‘Acariciar’, de ‘caricia’, S. DE COVARRUBIAS lo hace derivar del griego ‘charis’ (gracia) (cf. *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid: Castalia, 1994, s.v. CARICIA).

⁴⁸ Cf. SCHILLEBEECKX, E., *Cristo y los cristianos. Gracia y Liberación*, Madrid: Cristiandad, 1983, p. 796.

⁴⁹ Cf. SCHILLEBEECKX, E., *Jesús en nuestra cultura. Mística, ética y política*, Salamanca: Sígueme, 1987, p. 18.

⁵⁰ Etimológicamente, las palabras castellanas ‘salud’, ‘salvación’ y ‘sanación’ están vinculadas, todas remiten al mismo semantema del ámbito ‘terapéutico’ (Cf. COROMINAS, J. y J. A. PASCUAL, *Diccionario crítico*, o.c., s.v. SALVO).

⁵¹ Cf. SESBOÜÉ, B. y J. WOLINSKI, *El Dios de la salvación. Tomo I*, Salamanca: Secretariado Trinitario, 1995, p. 178. Y más tarde y de manera más explícita, Gregorio Nacianceno: “Lo que no ha sido asumido no ha sido salvado” (*Epístola* 101, 32: SC 208,50)

siglo XX, Miguel Hernández (no hace mucho celebrábamos el centenario de su nacimiento), sin duda alguna el creador de algunas de las imágenes más primitivistas y de las metáforas más potentes de la literatura española, afirmada: ‘Sólo quien ama vuela’... Esto está más próximo a Juan de la Cruz. Acaso la salvación/sanación pase por un hermanamiento de ambos asertos: *Sólo se salva lo que es amado*. ¿Y hay algo acaso que no ame Dios?⁵²

Presencia de confianza: 3S 3,6

Y finalmente, Dios es presencia que nos devuelve la confianza ante la vida. Así lo vio Juan de la Cruz: “El que entró a sus discípulos corporalmente, las puertas cerradas, y les dio paz [...], entrará espiritualmente en el alma, sin que ella sepa ni obre el cómo [...] y la llenará de paz, declinando sobre ella, como el profeta dice, como un río de paz, en que le quitará todos los celos y sospechas, turbación y tiniebla” (3S 3,6). Recuérdese que, metafóricamente, EL ALMA [LA PERSONA] ES UN RECIPIENTE, y sólo así se comprende que se pueda ‘entrar’ en ella, o ‘llenarla’ de paz, o ‘vaciarla’ de celos, turbación y tiniebla.

Entrar en el alma..., llenarla de paz..., quitarle los miedos... La experiencia que aquí nos cuenta San Juan de la Cruz es idéntica a la que tuvieron los primeros discípulos con el Jesús resucitado: *entró donde estaban reunidos, les dio la paz, les devolvió la alegría, les quitó los miedos...* (Jn 20,19-20). Dicha experiencia les hizo ver que Jesús seguía realmente vivo en sus vidas. Es la misma e idéntica experiencia (aunque no ‘fundante’, como lo fue la de los apóstoles) que tuvo y nos cuenta San Juan de la Cruz: *entrar en el alma..., llenarla de paz..., quitarle los miedos...* La misma experiencia que puede hacer toda mujer, todo hombre, de todo tiempo y lugar.

La verdadera experiencia de la resurrección (de la presencia de Dios, de su Espíritu, hoy y entre nosotros) consiste en hacer la vivencia de un Dios que sigue ‘entrando’ en nuestras vidas, ‘llenándonos’ de su paz, ‘liberándonos’ de nuestros miedos... Y sólo entonces nos damos cuenta de que Dios ya estaba en nuestra alma (más todavía, es

⁵² Cf. Sab 11,23-26.

*el centro del alma*⁵³), y siempre había querido llenarnos de paz, y siempre había querido quitarnos los miedos... Lo que sucede es que hasta ahora no habíamos ‘caído en la cuenta’.

Sólo necesitamos, pues, una cosa: ‘caer en la cuenta’⁵⁴ de que el Resucitado está ahí. De que siempre ha estado y estará ahí. De manera casi idéntica a como lo estuvo con y para los primeros discípulos. Y aunque no le vemos, nos ve. Y aunque no le tocamos, le experimentamos presente. Afectando nuestras vidas, y preocupado por ellas. Y gracias a lo que San Juan de la Cruz llamó “fe oscura” (sintagma equivalente a lo que en nuestras relaciones cotidianas designamos como ‘confianza ciega’), sabemos que, más que nunca, está con nosotros. Llenándonos de su paz. Haciendo que se desvanezcan todos nuestros miedos.

Y porque el Dios creador de todo está presente en toda realidad y en toda persona: “Puede ser difícil descubrirlo, pero una vez descubierto, nada se interpone entre El y nosotros: ninguna otra realidad puede igualar la inmediatez de su presencia”⁵⁵. Y con todo, se tratará siempre de una ‘inmediatez mediada’⁵⁶. Categoría que traducida al lenguaje de la calle significa que entre Dios y nosotros (Creador y criatura) hay una ‘pared’ (la ‘tela’ de Juan de la Cruz). Pero del lado de Dios, no hay pared. Del lado de Dios no hay distancias. La pared sólo está en nuestra ladera.

Por eso, incluso allí donde se habla de un contacto directo e inmediato con Dios, la mediación no desaparece. “Rompe la tela...”, exclama San Juan de la Cruz en imprecación retórica, al final de la primera estrofa de la *Llama de amor viva*. Pero la ‘tela’ no se rompe. Y porque sólo la muerte rompe la ‘tela’ acabando con toda ‘mediación’. Abriendo la ladera de la vida humana al infinito. Sólo allí donde y cuando (y entonces no habrá ‘dónde’ ni ‘cuándo’) todo lo nuestro haya basculado a la eternidad, comenzaremos a experimentar a Dios como ‘inmediatez no mediada’. Sin mediaciones ni *mensajeros*. En *vista* y *hermosura*. En *presencia* y en *figura*.

⁵³ Cf. L 1,12.

⁵⁴ Piense el lector en el “Cayendo el alma en la cuenta” (C 1,1) con que casi principia Juan de la Cruz *Cántico espiritual*.

⁵⁵ TORRES QUEIRUGA, A. “La experiencia de Dios: posibilidad, estructura, verificabilidad”, en *Pensamiento*, 55 (1999), p. 62.

⁵⁶ Cf. SCHILLEBEECKX, E., *Los hombres relato de Dios*, o.c., p. 120.